EDITORIAL

EL CENTENARIO DE CERVANTES

EL cuarto centenario del natalicio de don Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1947) no podía pasar inadvertido para la REVISTA IBEROAMERICANA. Consagrada, en principio, a la expresión del pensamiento de América, los grandes fastos de la cultura española tienen que ser cuidadosamente registrados en sus páginas. Entre ellos, y ocupando destacadísimo lugar, está todo lo que se refiere al creador del Quijote, ya que la lengua que se habla en los países hispanoamericanos de nuestro continente es la de Cervantes, por antonomasia.

Don Miguel de Cervantes Saavedra viene al mundo en los momentos en que España es primera potencia en el orbe. El descubrimiento de América, la extensión de sus dominios en Europa, en el Asia y en el Norte del Africa, hacen del Imperio Español el más grande que conocieran los hombres a través de los siglos, hasta el momento en que Inglaterra vino a disputarle el dominio de los mares y se alzó con el cetro de la monarquía universal.

Cervantes vió en su niñez agigantarse el concepto que España tenía de sí misma, participó él mismo en uno de los acontecimientos más importantes que registra la historiografía europea del siglo XVI, la célebre batalla de Lepanto, "la más memorable ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros".

El César Carlos V había dejado una herencia en manos del rey Felipe II, que había comenzado ya a desmoronarse, cuando el hijo del humilde cirujano don Rodrigo Cervantes fué bautizado en la iglesia parroquial de Santa María la Mayor, en Alcalá de Henares, el 9 de octubre de 1547. Sin embargo, era el monarca más poderoso de España.

Diez años después del nacimiento de Miguel, España derrotaba a Francia en San Quintín y se levantaba a poco la imponente mole del Escorial, que tan admirablemente había de representar el espíritu de la España gobernada por el monarca que lo construyera.

Cuarenta y un años tendría Miguel de Cervantes Saavedra cuando se organiza y fracasa la célebre Armada Invencible, deshecha en el Cantábrico por los huracanes y las tempestades. "Mandé a la Armada a combatir contra los ingleses, no contra los elementos", es fama que dijo estoicamente el monarca, cuando le fué comunicado el fracaso de sus planes, con la destrucción de los barcos que mandaba el duque de Medina-Sidonia. Se inicia la decadencia marítima de España, que había de traer consigo, a la larga, la pérdida de sus colonias. Surge una estrella nueva en el firmamento de la política universal e Inglaterra se había de constituir en rival perenne de la monarquía española. Cervantes participó en este acontecimiento, ya no como soldado entusiasta y viril, sino como simple comisario encargado de acopiar trigo en

Ecija, en Castro del Río, Espejo y La Rambla. Este humilde empleo había de acarrearle dificultades de importancia. "Había tomado posesión —dice Fitzmaurice Kelly en su reseña documentada sobre la vida de Miguel de Cervantes Saavedra— en manera incauta, de pan, de trigo y cebada pertenecientes al Deán y Cabildo de Sevilla, por lo cual se le había excomulgado con las debidas formalidades." Ganaba doce reales diarios, que no percibía con gran puntualidad, y sus cuentas se encontraban de tal suerte embrolladas, que hubo de parar por breve tiempo en la cárcel.

Entretanto los Países Bajos se rebelan contra el dominio de España. Holanda se une a los reformistas, Bélgica lucha por separarse del Imperio, Francia e Inglaterra ayudan a los flamencos en su empeño. Felipe II, viejo y achacoso, se refugia en el Escorial, y su hijo Felipe III asume el gobierno y precipita la desintegración del Imperio. Las guerras de Flandes, la de Treinta Años, la expulsión de los moriscos, trajeron consigo el empobrecimiento de la hacienda pública, la miseria en los campos y en las ciudades, el desaliento en los espíritus, la falta de confianza en el futuro, el deseo de evadirse del presente para llegar a un reino que no es de este mundo; el triunfo de un arte nuevo que fincaba su anhelo en el pensamiento sobre la muerte, el deseo de otra vida sobrenatural, muy distinto, por cierto, del arte vital del Renacimiento que había descubierto al hombre en todos sus aspectos, dándole esa energía, ese vigor que hizo posible el descubrimiento de nuevos mundos y la exploración de nuevos horizontes.

JULIO JIMÉNEZ RUEDA